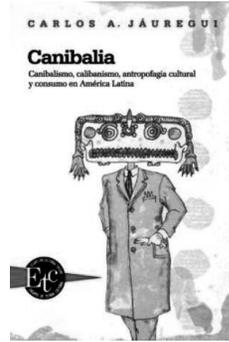


humanos son más estereotipos que realidades. Aldo Sabor, el joven reportero a cuyo primer trabajo asistimos nada más abrir el libro (precisamente, su encargo consiste en localizar y entrevistar al escurridizo Barbaverde) y su amada Karina del Mar, artista y fotógrafa, son la representación de una humanidad sobrepasada por los horrores que trae el Mal, y que la imaginación del lector viste con ropas de unos desaparecidos años sesenta, en los que Aira comenzó su adolescencia rodeado de historietas. Sobre Aldo y Karina, Barbaverde y el profesor Frasca dirimen sus diferencias como dos almas llamadas a no entenderse por una cuestión de pura inquina personal. Es una lucha desigual. Barbaverde sabe que ganará siempre, del mismo modo que el profesor Frasca asume que no vencerá nunca. El conflicto simplificado del Bien y el Mal recorre los relatos de Aira sin que haya salida posible ni evolución en los personajes. Al final el propio escritor comprendió a qué se enfrentaba: a una continua repetición sin clímax. Una vía muerta. Esa conciencia está detrás del cierre del ciclo. No habrá más historietas de Barbaverde; estas cuatro aventuras han sido suficientes y seguramente con una menos el libro habría mejorado. Al lector (de Aira) no le cabe otra cosa que alabar la prudencia del argentino, cerrar el volumen con una sonrisa y concentrarse en la lectura de, por ejemplo, de *The Spirit*, del gran, gran Will Eisner.

PACO MARÍN



Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina

Carlos Jáuregui

Vervuert

Barcelona, 2008, 724 págs.

Canibalia: de la conquista a la globalización

El tropo del caníbal ha padecido distintas resemantizaciones en la historia del discurso de la identidad cultural latinoamericana. Carlos A. Jáuregui, profesor de literatura latinoamericana y antropología en la Universidad de Vanderbilt, ha trazado en este exhaustivo y erudito ensayo las apropiaciones que desde el Renacimiento hasta la Posmodernidad se han establecido alrededor de la imagen del caníbal. De ahí que el título de su obra abarque sus distintas matrices semánticas en la cartografía cultural de América Latina: canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo.

El engranaje de todo el recorrido histórico del tropo del canibalismo es el contraste discursivo que sugiere al conformarse como un mecanismo generador de alteridad por un lado y, por el otro, como un símbolo cultural en el que sustentar las bases del reconocimiento y la identidad. Por lo tanto, a pesar de la contraposición, otredad y mismidad se vertebran mediante las apropiaciones del tropo caníbal que han servido para justificar la actitud del imperialismo, así como también para articular un discurso contracolonia. Las páginas de *Canibalia* vehiculan este ir y venir de la periferia al centro de lo latinoamericano. Su éxito reside en mostrar cómo ha persistido el tropo desde la conquista de América, momento en el que se acuñó el término «caníbal» para identificar al salvaje que comía carne humana, hasta la globalización que arrastra al hombre al consumo de bienes simbólicos y hacia un capitalismo devorador del cuerpo del trabajador. Se trata de un viaje histórico del tropo cuya autoridad emana del diálogo que Jáuregui elabora a raíz del contraste de textos históricos, literarios y religiosos, idearios políticos, culturales y estéticos entre otros documentos que conforman su variado corpus textual como la cartografía, la crítica literaria, la publicidad, la pintura o la música. El heterogéneo material conduce al autor de este ambicioso y cabal ensayo hacia una metodología neces-

riamente interdisciplinar. Por ende, su trabajo ha sido galardonado en el 2005 con el premio de Ensayo Casa de las Américas.

El recorrido se inicia con los debates abiertos alrededor del descubrimiento de la práctica caníbal en el Caribe. Los colonizadores trazaron la línea divisoria respecto al Otro, ya fuera el caníbal o el buen salvaje, a raíz de la cual marcaron la cartografía de su conquista cultural, económica, lingüística y evangelizadora. El canibalismo a ojos del foráneo fue tildado de monstruosidad y alejado de toda justificación bélica a la cual estaba realmente supe-ditada su práctica. De ahí surgieron las controversias maniqueas que abogaban o condenaban al salvaje americano: por un lado, el caníbal será el objeto en el que se sustenten las bases de la justificación de la conquista y sus métodos (su esclavitud); por el otro, el humanismo cristiano activará en el buen salvaje la materia prima de la idealización de la Edad de Oro (el mundo sin Estado, un orden natural) óptima para la evangelización. Jáuregui contrasta y documenta las teorías de Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. El primero defiende a los indios a pesar de sus prácticas antropófagas por acabar siendo víctimas de la codicia española que se muestra aún más perversa; el segundo, en cambio, condena la inferioridad de los indios y justifica la belicosidad colonial. La geografía del canibalismo

se extiende y surge así la Canibalia que, a pesar de la peligrosa otredad que significa, padece el deseo del protocapitalismo europeo. El autor del ensayo acierta al distinguir en el caníbal el doble signo que lidera: es metáfora de la alteridad y, a su vez, una identificación de ésta con el objeto del deseo colonial.

La Canibalia americana va adquiriendo cierta inestabilidad y el autor atiende a distintos escenarios en los que la alteridad se funde con la imagen propia del europeo. En este sentido, es curiosa la asociación religiosa entre la eucaristía católica y la ritual antropofagia mexicana que el segundo capítulo del ensayo documenta, así como también la imagen de la colonización como devoradora del cuerpo americano cebado de riquezas y mano de obra para explotar y saciar su voracidad. El ensayo de Montaigne sirve a Jáuregui un ejemplo de ese desequilibrio de la otredad ya que ofrece una crítica de su propia sociedad a partir de la imagen del caníbal.

Las atrocidades de la Conquista provocan que en la Ilustración España sea vista como la verdadera antropófaga del Nuevo Mundo, pues infunde una verdadera tiranía voraz, e implicará que la conciencia criolla se sitúe entre los polos del vengador y el descendiente de la colonización. Jáuregui, por otro lado, amplía la significación del canibalismo a los discursos de la emancipación y a la literatura nacional; el tropo adquiere así una resemantización política. El tercer

capítulo ejemplifica cómo las apropiaciones del tropo caníbal se mueven entre los confines de la otredad y el ego, entre la periferia y el centro, pero ya no sólo para la hegemonía de lo latinoamericano; las escisiones se establecen también dentro de la propia identidad nacional. El ensayo se detiene en distintos discursos del pensamiento de la emancipación en contra del voraz dominio español, y también se pasea por las literaturas latinoamericanas que dan cuenta de los tiranos caníbales que están al frente de la nación: Sarmiento muestra en *Facundo* el horror de la política de Rosas en Argentina. Jáuregui revela las dos caras de la moneda: primero argumenta el uso del tropo caníbal en la pugna por el control del estado argentino y, posteriormente, informa del empleo del mismo en el nacionalismo brasileño (siglos XIX-XX) para defender una tradición que difiere la nación del marco neocolonial portugués en el que se estaba incorporando. Éste es sólo uno de los ejemplos del método contrastivo que el autor emplea a lo largo de su estudio para demostrar esta polarización de las resemantizaciones del canibalismo.

Pero la meticulosidad del ensayo responde también a la constante alusión de planteamientos de capítulos precedentes para articular y cotejar nuevas apropiaciones de igual modo que la historia contradice, amplía y se detiene en discursos anteriores. Jáuregui alimenta de la distinción entre el buen salvaje y

el caribe otra de las lecturas del tropo en cuestión: el calibanismo parte de los personajes conceptuales contruidos a imagen y semejanza de los shakespearianos Ariel y Calibán en *The tempest*. El primero responde al buen salvaje que se posiciona al lado del colonizador (Próspero) y es la imagen de la civilización; por contra, el segundo acomete contra el poder colonial y encarna la barbarie. Jáuregui demuestra en el resto del ensayo cómo esta obra es una fuente muy recurrente para construir metáforas políticas y culturales en toda Hispanoamérica. Calibán es un anagrama de *canibal* y constantemente será la imagen de lo ajeno a Latinoamérica; en este sentido representará los EE. UU. y las masas obrero-campesinas. En cambio, Ariel representará la cultura latina. Es extensa la diferenciación de las dos corrientes que surgen de ambos personajes conceptuales: el arielismo y el calibanismo. La primera crea dos alteridades: la voracidad del imperialismo americano y de la multitud proletaria resentida en el sistema capitalista y que aboga por la democracia en el ámbito nacional. Jáuregui se sirve de los planteamientos de Rubén Darío, José María Vargas Vila y Rodó para mostrar la conciencia derrotista del arielismo y la necesidad de una unidad latinoamericana para confrontar los ímpetus calibánicos (la fuerza *yankee*). El monstruo devorador ya no es España, el canibalismo se ha resemantizado y ahora es la América del Norte la que acecha

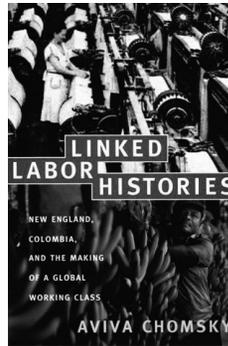
con su voracidad capitalista a la América del Sur. El calibanismo construye en los años veinte otra apropiación del tropo canibal; se trata de la Antropofagia cultural de Andrade que, en vez de un rechazo por su condición foránea, apuesta por el consumo, análogo al ritual canibal, de la cultura europea neocolonial para una apropiación nacional. Lo localista y lo cosmopolita se funden para el descubrimiento identitario; es la conformación de una cultura nacional moderna apropiándose de los símbolos extranjeros a través de su digestión, no obstante, se perseguía una refundación simbólica de la identidad que implicó una búsqueda al pasado colonial, al escenario del canibalismo. El optimismo de la corriente se hace patente en esa predisposición a la hibridez entre la cultura vernácula y la modernización capitalista. Cabe destacar que Jáuregui ofrece un eco a la crítica feminista contrapuesta a la estrategia del calibanismo que somete a los personajes conceptuales masculinos al ataque contra el occidentalismo y el colonialismo. A pesar de ser una efímera apreciación, estamos ante una evidencia de las múltiples voces del trabajo contrastado del autor.

El capítulo final relaciona los tropos de canibalismo, calibanismo y antropofagia cultural con el consumo. Jáuregui plantea la continuidad del colonialismo y la explotación del trabajo en un mundo capitalista en el que el *Calibán* de Azevedo, otra revisitación al texto

shakespeariano, se descubre alienado por el trabajo: el hombre en el sistema capitalista y el colonizado son reducidos a objetos bajo la mirada de sus explotadores. El capitalismo se manifiesta como un sistema caníbal que devora los cuerpos en la producción de igual modo que era consumido por la esclavitud y el colonialismo (Rousseau, Coleridge, Las Casas). Es una forma de esclavitud enmascarada de libertad. ¿Podría vislumbrarse en nuestra sociedad bajo la interpretación de Moulián? Por consiguiente, el individuo es un esclavo del consumo que disfruta de su dependencia y que no quiere liberarse de los grilletes de su condición. Sea como fuere, se debe reconocer que el consumo es un artefacto generador de distinción social y un creador de significados de los bienes simbólicos; en este sentido, Jáuregui toma las teorías de García Canclini para marcar que la globalización establece un proceso multinacional en el que el sujeto puede alcanzar la lectura y el uso de los bienes culturales sea cual sea su origen. La resemantización más extrema del tropo del caníbal es la reducción del cuerpo humano a objetos de consumo en el tráfico de órganos, el turismo sexual o la experimentación farmacéutica; un mercado cuya extensión prescinde de límites éticos. El cuerpo del trabajador y del «donante» pasa a ser colonizado, desproveído de derechos y de humanidad como lo fue el del salvaje. De nuevo, la historia se

funde en sus dos extremos: el tropo caníbal conecta el colonialismo renacentista con el posmoderno. La actualidad de esta apropiación del tropo conduce a la reflexión y la comparación entre el antes y el después: ¿dónde subyace la verdadera monstruosidad? La práctica bélica del canibalismo se vertebraba bajo el código del honor, el consumo del cuerpo, en cambio, sólo aguarda la deshumanización.

SANDRA VERDUGO



**Linked Labor Histories:
New England, Colombia,
and the Making of a
Global Working Class**
Aviva Chomsky Duke University
Press, Durham y Londres, 2008,
XIII + 398 págs.

Este libro es un excelente ejemplo de lo valioso, fascinante y a la vez